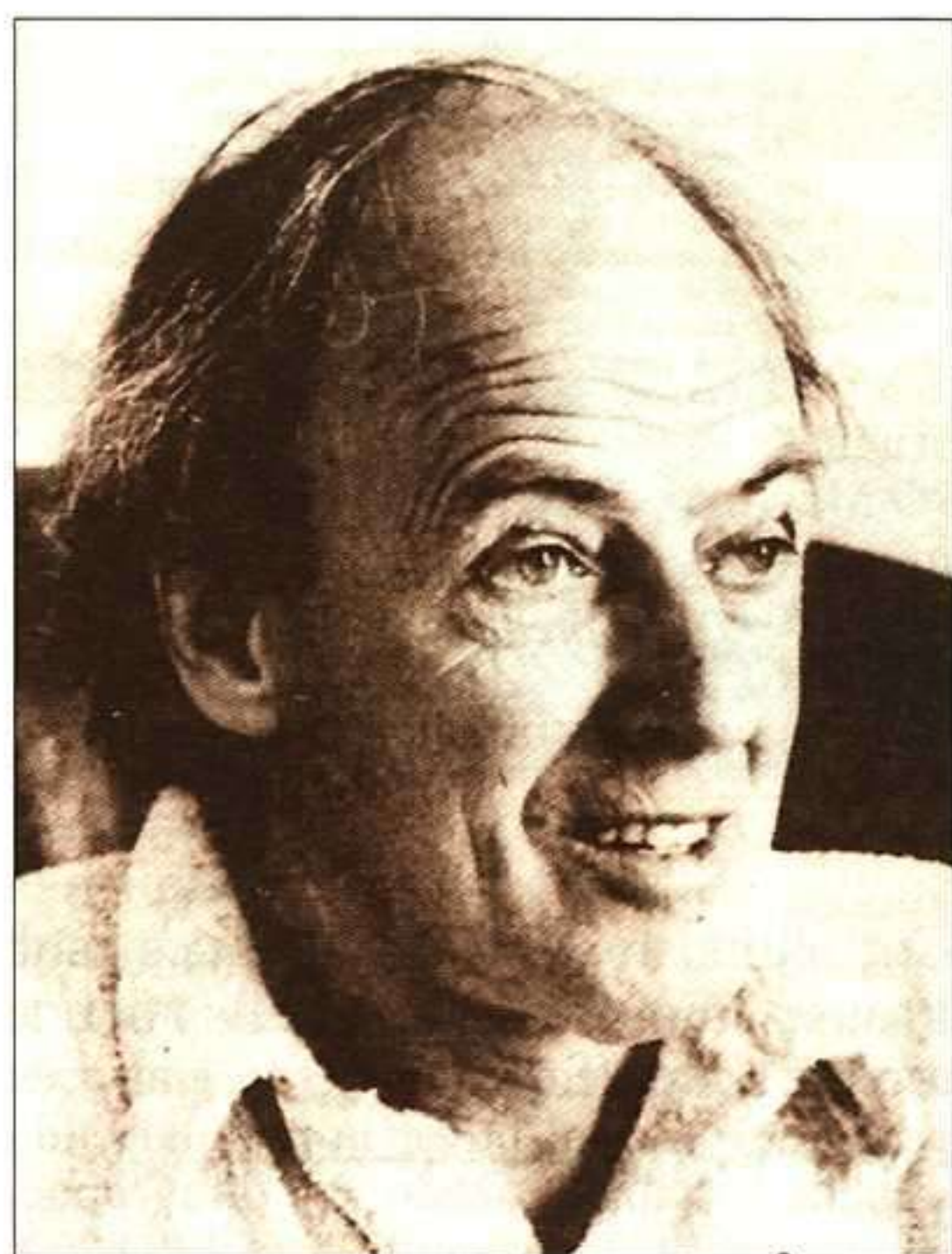


La biblioteca de Oswald

Emilio Pascual*

MI TÍO OSWALD

PRIMERA EDICIÓN: 1979



Roald Dahl (1916-1990)

Una biblioteca notable, no tanto por sus existencias como por su movilidad, fue la de Oswald Hendryks Cornelius, hijo del diplomático William Cornelius, cuyo último destino fue el de embajador en Dinamarca. Según su sobrino y albacea, fue Oswald «*connaissanceur, bon vivant*, coleccionista de arañas, escorpiones y bastones, amante de la ópera, experto en porcelana china, seductor de mujeres, y casi sin duda el mayor fornicador de todos los tiempos». Fue además un hombre inmensamente rico, pero su fortuna sólo en una pequeña parte se debió a Proust.

Ya a los diecisiete años había ganado sus «primeras cien mil libras» con «las famosas *Pastillas afrodisíacas del doctor Yousouppoff*». En 1919, tras haber utilizado ventajosamente los conocimientos —y la penuria— de Arthur R. Woresley, su profesor de Química, y con la colaboración de la irresistible Yasmin Howcomely, que era «la mismísima reencarnación de Cleopatra», decidió montar un banco de semen de «famosos» para vendérselo después a millonarias caprichosas. Empezaron por ordeñar literalmente a Alfonso XIII, seguido de un largo catálogo de artistas: Renoir, Monet, Stravinsky, Matisse, Proust, Nijinski, Joyce, Bonnard, Braque, Puccini, Rachmáninov, Richard

Strauss, Einstein, Thomas Mann, Conrad, H. G. Wells, Kipling, A. C. Doyle, Bernard Shaw... A continuación emprendieron «una gira real» por las cortes europeas. Especialmente memorable fue la sesión con el doctor Freud.¹ Sólo fracasaron con Picasso, cuya indomable vitalidad taurina² impidió la recolección debida, sin contar una lamentable equivocación con el rey Haakon de Noruega.

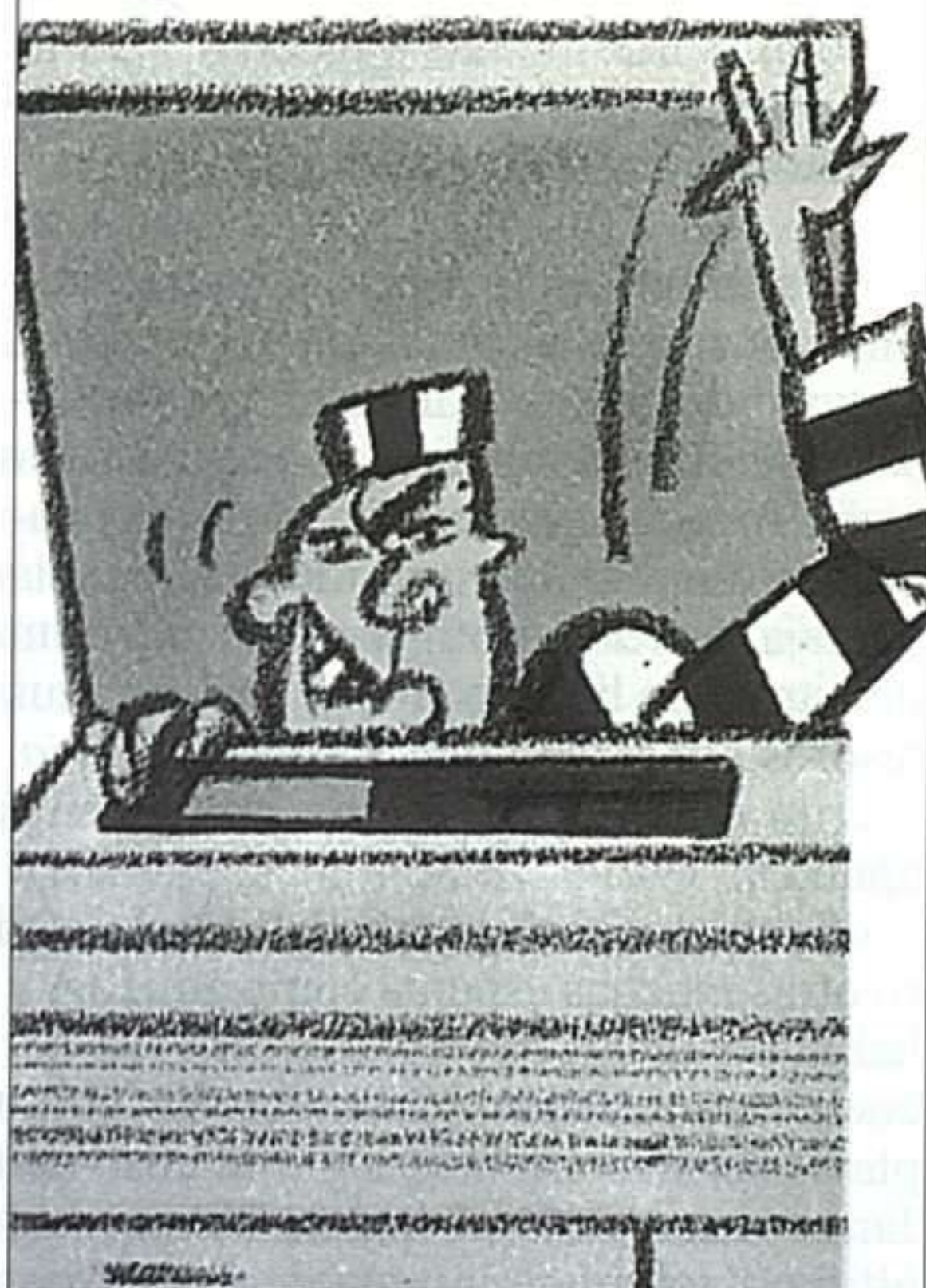
Biblioteca de coche

Para entretener la espera mientras Yasmin conseguía el preciado fertilizante, Oswald decidió armar en el asiento trasero de su «espléndido y pequeño Citroën Torpedo de diez caballos» una sucinta biblioteca, que, si modesta, tenía la ventaja de ser portátil como el depósito de nitrógeno líquido en que abrigaba sus tesoros. En el volumen XX de su *Diario*, escrito en 1938, hallamos el siguiente apunte:

«Sabía que me aguardaban en el futuro otras muchas esperas como aquélla, y había instalado en la parte de atrás del coche una pequeña biblioteca: las completas de Shakespeare, algunas cosas de Jane Austen, de Dickens, de Balzac, y el último Kipling».

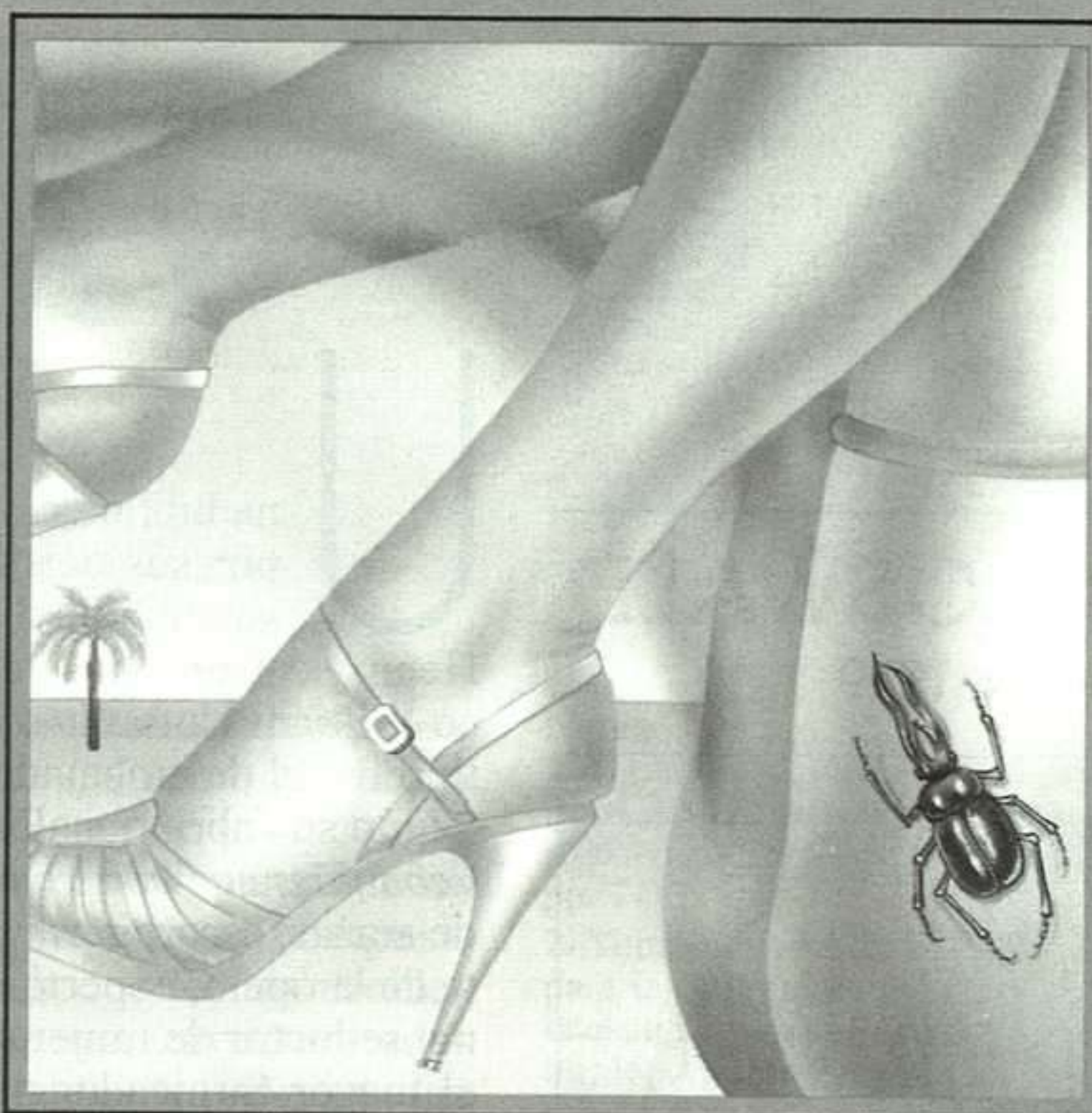
Las
fotocopias
no
autorizadas
de libros
y revistas
son un
delito.

4
CEDRO
Centro Español de Derechos Reprográficos



Roald Dahl

Mi tío Oswald



COMPACTOS  ANAGRAMA

No hay más especificaciones, aunque sabemos que entre las «cosas» de Balzac figuraba *La Cousine Bette*, que todavía en el 38 seguía pareciéndole «lo mejor que escribió el viejo maestro francés». Podemos leer también un juicio sobre Kipling, pero es de Yasmin y no pertenece al ámbito de la literatura: «Menudo sodomita lleno de cerdas».

Olvidaba decir que Yasmin y Woresley huyeron con el botín de semen, y a Oswald sólo le dejaron las «cincuenta dosis excepcionales» de Proust. El grueso de la fortuna de Oswald Hendryks

Cornelius no se edificó, pues, sobre Proust, sino sobre las pastillas del doctor Yousouppoff. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Un lejano antecedente de esta sesión podría haber ocurrido en 1896 —entonces «con una bellísima parisina a la que Freud intentó seducir, sin éxito»—, si aceptamos la autenticidad de unos papeles redactados por Freud en la época de *La interpretación de los sueños*. Fueron publicados por Giorgio Tasca en su libro *Annali di psichiatria*, con un enjundioso estudio preliminar.

2. «He sido barrida por un huracán», diría Yasmin al recordarlo.